

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE  
RECTORIA**

**PALABRAS DEL RECTOR, DR. PEDRO PABLO ROSSO R., CON MOTIVO  
DE LA DESPEDIDA DEL NUNCIO APOSTOLICO DE S.S., MONS. ALDO CAVALLI**

**Consejo Superior  
Santiago, 17 de Diciembre de 2007**

Querido Gran Canciller,  
Querido Señor Nuncio,  
Estimados Miembros del H.Consejo Superior:

Hace seis años, cuando Monseñor Cavalli iniciaba su misión en Chile como Nuncio Apostólico de Su Santidad, tuvimos el honor de recibirlo por primera vez en este Consejo y, junto con saludarlo, a modo de presentación, le entregamos diversos antecedentes sobre la historia de nuestra Universidad, sus logros y desafíos.

Hoy, ocasión en que el Señor Nuncio se encuentra próximo a partir hacia otras tierras americanas, no es necesario mencionarle quienes somos, porque durante estos años ha sido muy cercano a nosotros y nos conoce muy bien y creo que nosotros a él.

Por esta razón Señor Nuncio, mis primeras palabras son de agradecimiento por los múltiples gestos de afecto y amistad que ha dispensado a nuestra comunidad universitaria como, asimismo, el permanente interés y aprecio que ha manifestado por el trabajo que ella realiza. Esos sentimientos son recíprocos y al despedirlo no podemos evitar la sensación de pérdida que se experimenta al ver partir a un amigo.

Más allá de los méritos que puede haber encontrado en nuestra Universidad, pensamos que su cercanía a esta institución revela la importancia que usted le otorga a la educación superior católica y a su convicción de que ella tiene un papel muy importante que cumplir en la tarea de evangelizar las culturas. Por esta razón, siempre que las responsabilidades propias de su cargo se lo permitieron, nunca dejó de asistir a los actos más significativos de nuestra vida institucional.

Al evocar esas circunstancias, pasan por nuestra memoria muchas vivencias de inauguraciones de años académicos, celebraciones del día del Sagrado Corazón, bendiciones de nuevos edificios, envíos de misiones estudiantiles, visitas de personas ilustres, presentaciones de libros, conciertos de Navidad, en fin de tantas oportunidades solemnes y festivas... Cada una de ellas fue para usted una oportunidad para estar presente y transmitimos palabras de aliento y de amistad.

También constituyen un grato recuerdo las conversaciones que sostuvo con alguno de nosotros sobre la historia de la Iglesia, en especial sobre la personalidad y el magisterio de los grandes pontífices del último medio siglo. En estos interesantes intercambios de ideas, junto con aprender sobre algunos acontecimientos eclesiales, descubrimos su inmenso amor por nuestro Señor Jesucristo y su Iglesia. Sabemos que esa es la clave que revela su ser y su actuar, particularmente su carisma de pastor y discípulo en el mundo de la diplomacia.

A este respecto, quisiera permitirme una nota personal y compartir con todos ustedes la experiencia que he vivido durante las últimas semanas en varios actos de despedida al Señor Nuncio organizados por altas autoridades públicas y miembros de la diplomacia. En todas estas oportunidades los respectivos anfitriones han coincidido en destacar su bonhomía, cordialidad y

sentido del humor. Pero junto a estas virtudes han enfatizado su capacidad de transmitir, mediante esos rasgos y su actitud de servicio desinteresado, la luz de la fe que ilumina su vida. De alguna manera, esas personas han querido decirnos que en usted han conocido un sacerdote diplomático y no a un diplomático sacerdote.

De esa manera se explica también su enorme dedicación y entrega a las tareas inherentes a su cargo, el que ha servido con mucha competencia, ganándose el aprecio del gobierno y de todos los representantes diplomáticos que están en Chile.

Nuestra comunidad universitaria recordará con cariño sus homilias y charlas, centradas en algunas ideas matrices que usted desarrollaba con tanta sencillez formal y sentido pedagógico. En estas ocasiones afloraban, por igual, su humor y talento como docente pero, por sobre todo, su profunda humanidad y visión desde una experiencia personal de la fe.

Estoy seguro que todos los aquí presentes recuerdan sus palabras al intervenir en el acto de homenaje a Juan Pablo II, de Venerable Memoria, que realizamos después del fallecimiento de este pontífice. En esa oportunidad usted nos invitó a inspirarnos en el Papa Wojtyla para cumplir a cabalidad nuestra misión universitaria. Nos recordaba entonces la necesidad de asumir plenamente nuestra identidad católica como un elemento axial de nuestro quehacer y, sustentados por ella, nos invitaba a estar abiertos al diálogo, con todo el mundo, sin exclusiones.

Esas palabras reflejan su ideario, que invita a la audacia cristiana y al optimismo respecto al presente y al futuro. Aún reconociendo los males que nos aquejan, usted siempre apunta hacia las cosas positivas de esta época y nos invita a construir un mundo mejor a partir de ellas. Esa perspectiva refleja su convicción de que en los grandes acontecimientos de la historia siempre estará presente el Señor. Allí, en todas las vicisitudes pasadas y en las dificultades presentes, hallaremos siempre una razón para vivir nuestra fe con alegría y esperanza.

Pienso que la exhortación *Gaudete in domino*, propia de este último domingo de Adviento, recoge plenamente ese espíritu. Hace pocos días, en una de las despedidas a las que he aludido previamente, el Señor Nuncio invitaba a los concurrentes a mirar más allá de la discusión y rencillas cotidianas, propias de toda democracia, y apreciar así, en su real valor, aquellas virtudes de Chile que para muchos países son un anhelo lejano, como la paz y la libertad. A estos dones, el señor Nuncio agregaba la calidad y profesionalismo que nuestro país ha demostrado en muchas áreas. Espero que al mencionar las cosas buenas que ofrece Chile haya pensado también en nuestra Universidad...

Señor Nuncio, conociéndolo, no deseo seguir hiriendo con mis palabras su genuina modestia. Concluyo, entonces, de la misma manera que hace seis años, cuando lo recibimos por primera vez en esta Universidad, diciéndole que comprometemos nuestras oraciones para la fecundidad de su nueva misión y lo encomendamos, de todo corazón, a la Virgen del Carmen, Patrona de Chile, para que ella lo acompañe siempre; lo proteja y lo guíe.

Como recuerdo de este momento de despedida, tan cercano a la Navidad, y del cariño que esta Universidad tiene por usted, hemos querido entregarle un pesebre, tallado por manos humildes. Es un testimonio de la fe que compartimos y de nuestra unidad de espíritu en la oración al Padre celestial, pidiéndole que Cristo nazca y permanezca para siempre en los corazones de todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

¡Que el Señor lo bendiga siempre y lo confirme como un mensajero de la Paz!

Muchas gracias.